

de Nuestra Señora de Guadalupe se condensa así en una serie de principios optimistas: liberación de los pueblos aborígenes del estigma de la marginalización, comprensión mutua para un diálogo solidario entre las religiones, oposición a la uniformidad de lengua, pensamiento y moral, expansión de armonía y solidaridad entre los pueblos. Retomar estas líneas esenciales del mensaje guadalupano en las tareas pastorales de hoy significaría, según Richard Nebel, eliminar de una vez por todas la inveterada práctica de la "conquista espiritual", herencia de los primeros evangelizadores de la Nueva España.

Teodoro HAMPE MARTÍNEZ
Universität Wien

Thomas CALVO: *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*. Guadalajara, Jal., Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americanos-H. Ayuntamiento de Guadalajara, 1992, 489 pp. [s. ISBN].

Thomas CALVO: *Poder, religión y sociedad en la Guadalajara del siglo XVII*. México, Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americanos-H. Ayuntamiento de Guadalajara, 1992, 423 pp. ISBN 968-6020-21-4.

Guadalajara, capital que en la época colonial "apenas es una ciudad, en el pleno sentido del término, tuvo un hermoso siglo XVII". No es extraño que después de 14 años de amorosa investigación, Thomas Calvo haya llegado a esta simple conclusión, y tampoco que haya ocupado 900 páginas para demostrarlo. Los dos volúmenes reseñados integran un solo trabajo de investigación, el que fue tesis doctoral en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, "Guadalajara, Capitale provinciale de l'Occident mexicain au XVII siècle". Aunque cada uno de ellos, independientemente, presenta un panorama completo de determinados aspectos, sólo en conjunto puede apreciarse la trascendencia de la obra.

Dice el autor que fue su intención realizar un trabajo de historia urbana total, en la que también se incluye la historia regional del entorno tapatío. Sus modelos, Devon, Goubert, Bennassar y Bardet, entre otros, señalaron un camino, que Thomas Calvo transita, con deleite en algunos temas, con entusiasmo en ocasio-

nes, con cierta desgana a veces, pero siempre con seriedad y rigor. Y ya que Bennassar es uno de los maestros citados, vale la pena recordar la justificación de su preferencia por el Valladolid del Siglo de Oro, en donde se anticiparon los procesos de vida urbana que se harían presentes en otras ciudades españolas casi un siglo después, ya en plena decadencia del imperio español.¹

Por coincidencia de coyunturas en diferentes tiempos y lugares o por proyección más o menos consciente de su modelo, resulta que Guadalajara, a lo largo de estas páginas, se muestra como anticipo de lo que será la sociedad mexicana muchos años más tarde. Sus características principales son el mestizaje, la movilidad social, la diversificación de ocupaciones, el anquilosamiento de una raquífica aristocracia conquistadora, la extinción de viejos privilegios y, en suma, cambios constantes en la orientación de la economía y en la organización social, que no implican ruptura sino evolución. Al exponer las causas de su elección, Thomas Calvo se refiere a la importancia de Guadalajara por su calidad de capital de un reino y "segunda cabeza política del México colonial" (vol. I, p. XIII). Guadalajara era, también, en el siglo XVII, la ciudad novohispana que tenía un carácter más decididamente mestizo, lo que en cierto modo prefiguraba al México moderno.

Tal como sucedía con la Valladolid castellana, la capital tapatía era centro de consumo más que de producción, por lo que el autor consideró necesario ampliar su campo de estudio a la región agrícola y ganadera de su entorno, en la que muchos de los vecinos de la ciudad tenían sus fuentes de ingreso e incluso su ocupación primordial. A la hora de defender los intereses del grupo urbano o del rural, muchos vecinos de Guadalajara se encontrarían en conflicto, puesto que los grandes terratenientes vivían en la ciudad y algunos de los más exitosos comerciantes terminaron por fundar una propiedad agrícola y ganadera.

El espacio geográfico, la ciudad y sus hombres son materia del primer volumen, en el que los estudios de demografía histórica se complementan con una revisión de los rasgos característicos de la economía regional. La organización política y administrativa del reino de la Nueva Galicia, la descripción del modo de vida urbano, las expresiones de religiosidad y las contradicciones de un aparente sistema de órdenes o de castas en transición hacia una sociedad de clases, constituyen el núcleo del segundo volumen.

¹ BENNASSAR: *Valladolid en el Siglo de Oro*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 1989, pp. 13-14.

A partir de los datos proporcionados por los archivos parroquiales, Calvo reconstruye los elementos que constituían la población, en la que estaban presentes el pequeño grupo español de conquistadores, incrementado con los numerosos inmigrantes llegados en busca de fortuna, los mestizos, en ambigua posición, nunca bien identificada; los indígenas en declinación desde fines del siglo XVI y una creciente proporción de individuos con mezcla de sangre negra. El único padrón levantado a lo largo de toda la centuria, el de la parroquia del Sagrario en 1651, resulta desconcertante al contrastarlo con los datos de los registros de bautismos y defunciones, lo que permite afirmar al autor que "con razón o sin ella, más de la mitad de los tapatíos lograron hacerse inscribir como españoles" (vol. I, p. 47).

En el recuento demográfico sorprende, hasta cierto punto, la considerable superioridad numérica de las mujeres, sobre todo en ciertos barrios, en los que el autor identifica una importante proporción (hasta 24%) de hogares habitados exclusivamente por mujeres, cuya actividad sólo puede intuirse. En total, casi un tercio de las familias de Guadalajara estaba encabezado por mujeres, sus hogares eran los de menor tamaño y reducidos recursos. En otras ciudades novohispanas, en fechas más tardías (finales del siglo XVIII) se aprecia un desequilibrio parecido, equiparable al que se registró en Europa en comunidades preindustriales.²

En el ámbito familiar, la sociedad de Guadalajara muestra también algunos rasgos peculiares, entre los que destaca la relación extraordinariamente baja entre matrimonios y nacimientos legítimos, en contraste con las elevadas cifras de natalidad ilegítima. Concubinato y amancebamiento eran formas de convivencia generalizadas, tanto entre los grupos más altos de la escala social como entre los miembros de las castas. Calvo registra numerosos ejemplos, que dan vida a la sobria información de las cifras. Hay personalidades que reúnen en su biografía todo el espectro de la vida familiar tapatía, como aquel próspero comerciante que tuvo, sucesiva o simultáneamente, manceba, concubina y esposa, hijos naturales, legítimos y adoptivos; o como el clérigo prepotente que paseaba orgulloso junto a su manceba. En contraste, las comunidades indígenas que habitaban los barrios circundantes, mante-

² Cecilia Rabell ha señalado esta característica en la ciudad de Antequera, a partir del censo de 1777. Véase Pilar GONZALBO AIZPURU (coord.): *Familias novohispanas. Siglos XVI a XIX*. México: El Colegio de México, 1991, pp. 273-298.

mán, como en las zonas rurales, muy bajas tasas de ilegitimidad, y en ella el matrimonio era prácticamente universal y realizado a temprana edad.

El abastecimiento de la ciudad, asegurado por la abundancia del entorno rural, no estaba exento de contradicciones, ya que coexistían dos regímenes alimentarios diferentes, basados en el pan y el maíz, respectivamente. La carestía de uno de los cereales básicos podía dejar indiferente a una parte de la población, mientras que la otra veía dañada su dieta. La leche se conseguía con relativa facilidad, gracias a la producción de las vacas lecheras de los pastizales próximos, y la carne, de res o de carnero, también era accesible a ambos grupos.

Algo común durante la época virreinal fue la escasez de dinero en efectivo y, en consecuencia, el hecho de los afortunados propietarios con abundantes ingresos decidieran invertir sus ganancias en objetos de oro y plata. Según los avalúos dotales de Guadalajara, durante el siglo XVII, el valor de la plata labrada en el ajuar de las novias disminuyó a fines de siglo, mientras permanecía la aportación de dinero en "reales". Esto sucedió, según Thomas Calvo, cuando la economía iniciaba una etapa de dinamismo y la perspectiva de invertir el dinero era más ventajosa que la de atesorar objetos preciosos. Aunque la explicación resulta convincente, hay que ponerla en duda en vista de que el proceso se manifestó en forma diferente en la ciudad de México. Las dotes del siglo XVIII, en la capital del virreinato, incluyeron mayor cantidad de plata que las de los años precedentes, al mismo tiempo que se producía el aumento de los caudales en "reales". Se podría interpretar, por lo tanto, como la combinación de dos indicios de prosperidad, no contrapuestos, sino complementarios.³

Las referencias sobre la importancia de los censos y operaciones de crédito en la ciudad de Guadalajara podrían también generalizarse a otros lugares del virreinato. La preferencia de la Iglesia por los censos no se basaba en criterios económicos sino teológicos. Condenada la usura por la teología medieval, quedaba el recurso de intercambiar bienes materiales, inmuebles, lo que encubría la descarnada realidad de que se ponía precio al dinero.⁴ Lenta-

³ Pilar GONZALBO AIZPURU: "Las cargas del matrimonio", ponencia presentada en el coloquio *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, México, El Colegio de México (3-4 mayo 1993).

⁴ Antonio RAMOS GÓMEZ PÉREZ, *El análisis sobre la usura en la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino*. México: Universidad Nacional Autónoma

mente se incorporaron las comunidades religiosas al sistema de préstamos irregulares, justificados por la penuria de las rentas de muchos conventos y legitimados por el prestigio generalizado de las actividades mercantiles.

El mobiliario de las casas tapatías que describe el doctor Calvo se antoja excesivamente austero, en comparación con el que por las mismas fechas adornaba las viviendas de la ciudad de México.⁵ Había cofres de cedro y escritorios de Peribán, pero también eran imprescindibles las alfombras moriscas (o turquescas, o de El Cairo) con cojines de Damasco, como supervivencia de la costumbre hispana. Y habría que advertir que, si bien es indiscutible la influencia oriental en tapetes y cojines, ésta no procedía del Extremo Oriente sino de la vieja Castilla reconquistadora, así como las alfombras no se importaban de la China o Filipinas sino del Viejo Mundo a través de Sevilla.

También es sorprendente que en los inventarios *post mortem* y cartas de dote estén ausentes los biombos o rodaestrados, éstos sí transportados en la “nao de la China”, que se generalizaron en la Nueva España desde mediados del siglo XVII, es decir, varias décadas antes que en Europa. Quizá la razón de este gusto no fuera tan sólo la combinación de la lógica de la geografía con la organización del comercio colonial, sino el hecho de que los criollos comenzaron pronto a apreciar la abigarrada belleza de la decoración oriental, cercana a su propia sensibilidad, y el incipiente juego de la intimidad que el biombo prometía. Las camas decoradas con suntuosos cortinajes, cuyo valor excedía al resto del mobiliario eran comunes en los ajuares de las novias, desde mediados del siglo XVI hasta bien avanzado el XVIII. Y en los hogares de las más conspicuas familias había, además, pabellones y antepuertas, aparadores, bufetes y escribanías.⁶ Parece difícil aceptar tan gran diferencia entre dos ciudades del virreinato y entre grupos que disfrutaban de cierta prosperidad en sus empresas comerciales y agrícolas.

Acertadamente, Calvo enlaza los temas de la evangelización y la educación, sobre los cuales remite a la bibliografía existente,

de México, 1982; Gisela VON WOBESER: “La postura de la Iglesia católica frente a la usura”, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia (dic. 1992).

⁵ En el vol. I, pp. 24-26 y vol. II, pp. 354-357.

⁶ Pilar GONZALBO AIZPURU: “Ajuar doméstico y vida familiar”, ponencia presentada en el coloquio *El arte y la vida cotidiana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas [en prensa].

por lo que no profundiza en ellos. En términos prácticos podemos aprobar que haya evitado desperdiciar su tiempo en una investigación que ya se había hecho, pero eso debilita, en este punto, su exposición, que habría ganado con la inclusión de algunas consideraciones relativas a las expectativas de las familias tapatiñas que enviaban a sus hijos a los colegios y al prestigio social de los títulos académicos. Los trabajos de Carmen Castañeda y Esteban Palomera han proporcionado muy valiosa información acerca de las instituciones educativas, pero no han pretendido indagar la forma en que la instrucción influía en la posición de los graduados, el acceso a la carrera eclesiástica de los jóvenes vecinos de la ciudad y la actitud de la comunidad hacia la educación que se impartía a las mujeres. A partir de documentos notariales apunta Calvo una interesante hipótesis: la relación entre alfabetización y capacidad económica o, al menos, el hecho de que “en promedio, los alfabetizados tienen capacidad de pedir prestadas sumas muy superiores” (vol. II, p. 361).

En relación con su población, el número de establecimientos dedicados a la enseñanza en Guadalajara llegó a ser bastante elevado, superior al de las restantes ciudades novohispanas ya a fines del siglo XVIII. En ese momento fue evidente su fuerza de atracción como centro cultural de una amplia región. No parece que en la centuria anterior se diera una situación similar, pero sería interesante que el doctor Calvo nos sugiriese en qué forma se fue gestando el interés por las letras y cómo el prestigio académico pudo imponerse, en cierto momento, a otras consideraciones. También sería una grata sorpresa que en este libro encontrásemos a los vástagos de las familias más encumbradas e identificásemos su nivel de preparación intelectual y la relación de ésta con su ocupación en diferentes generaciones. Por lo que se refiere a las mujeres, la pregunta sería ¿por qué tardó tanto la ciudad de Guadalajara en tener casas de recogimiento y clausura, como existían en México, Puebla, Oaxaca y Querétaro?

Al entrar en el tema de la religiosidad, se aprecia que el doctor Calvo disfruta con las descripciones de prácticas y actitudes, a la vez que detalla minuciosamente los objetos piadosos. El interés antropológico lo lleva a buscar los mitos reconocidos y los que estaban subyacentes en el fervor místico de los tapatíos. Con razón vacila, sin atreverse a emplear francamente la expresión de religiosidad popular, que asimila a la piedad barroca. Yo diría que una y otra tienen su razón de ser en una teología que iba penetrando en la conciencia de los católicos, sin necesidad de que supieran

latín ni leyese textos escolásticos. Que el rosario tenía un remoto carácter de amuleto, puede afirmarse sin vacilar. Y ni siquiera era tan remoto cuando los jesuitas recomendaban a los indígenas de las misiones que se lo pusieran al cuello cuando tuvieran que pelear con sus enemigos; así se librarían de las flechas o, al menos, tan sólo recibirían heridas en la parte inferior del cuerpo. Un jesuita eminente, como el padre Antonio Núñez, que fuera confesor de sor Juana Inés de la Cruz, tuvo la costumbre, desde la infancia, de llevar el rosario colgado a modo de medalla.⁷

No se mencionan, en el recuento de objetos religiosos los *agnus Dei*, que sin duda decoraron no pocas viviendas de la ciudad de Guadalajara, como de todos aquellos lugares en que los jesuitas instalaban sus colegios. La cera del cirio pascual, que el Sumo Pontífice prendía el domingo de Resurrección, se distribuía entre las casas de la Compañía, que con ella recompensaban a sus bienhechores. Convertidos en cuadritos para decorar las paredes o como verdaderas obras de arte, en manos de orfebres y plateros, los *agnus* se asimilaban en cierto modo a los relicarios.

No es Calvo el único abrumado por la cantidad y variedad de las advocaciones piadosas que adornaban las paredes de las casas novohispanas. Cualquiera que haya fijado su vista alguna vez sobre inventarios domésticos de los siglos XVII y XVIII ha tenido la misma impresión de que las paredes estaban virtualmente cubiertas de escenas religiosas. Algo que parece contradictorio en la ciudad de Guadalajara es que siendo la Virgen de Zapopan la advocación local de mayor prestigio, tenga tan sólo una representación pictórica en casas particulares, en clara desventaja con la de Guadalupe, que alcanzó el número de siete en el recuento documental que muestra este libro (vol. II, pp. 158-159). Aunque la Concepción aparece modestamente con cinco lienzos, creo que ello no refleja la importancia real de esta devoción, ya que era la advocación que aparecía constantemente en las medallas. No presidía todas las paredes, pero sí descansaba sobre el pecho de casi todas las señoras de cualquier condición; era, sin duda, el símbolo más universal del marianismo hispano del siglo XVII, que presionaba a la curia para que definiera la pureza inmaculada del nacimiento de María.

Aunque englobadas en el inciso correspondiente a las cofradías, no se engaña el autor en cuanto a la trascendencia pedagógica y

⁷ DE OVIEDO: *Vida exemplar, heroicas virtudes y apostólicos ministerios del V.P. Antonio Núñez de Miranda*. México: Herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, 1702, p. 5.

características peculiares de las congregaciones marianas erigidas en los colegios de la Compañía de Jesús. La idea original de conservar la influencia de la orden sobre los jóvenes estudiantes que abandonaban las aulas de sus escuelas se amplió con la admisión de seculares que no hubieran realizado sus estudios con los jesuitas. Después hubo congregaciones para indios, para "morenos", e incluso se obtuvo de Roma el permiso para que las mujeres tuvieran su propia congregación. Lo decisivo, que el autor no deja de señalar, es que los congregantes compartían mucho más que la devoción a determinado santo patrón o la celebración de un festejo. Las congregaciones imponían un determinado estilo de vida, a la vez que una solidaridad cristiana entre sus miembros, que con frecuencia se beneficiaban en sus empresas de las buenas relaciones fomentadas en el ambiente jesuítico.

Una obra tan rica en información y tan aguda en la identificación de los problemas no puede menos que ser también inquietante y capaz de sugerir nuevas reflexiones. Vale la pena señalar como ejemplo final, la difícil definición de la élite de la ciudad "sin antepasados ni privilegios". La sugerencia de exigir certificados de legitimidad y limpieza de sangre a los españoles que pretendiesen exención de impuestos fue prudentemente rechazada por el presidente de la Audiencia para no poner en entredicho a familias que se mantenían con "virtud y caudal, estimación y aprecio" (vol. II, p. 271). Haciendo a un lado los escudos y pergaminos, la sociedad de Guadalajara estaba dispuesta a acreditar nobleza a quienes con su fortuna le dieran lustre, con su comportamiento no la manchaban y con la buena opinión de sus vecinos pudieran respaldarla.

Podríamos desear que otras ciudades novohispanas tuvieran monografías equiparables a esta *Guadalajara y su región...*, que aunque pretende ser tan sólo una historia local, nos proporciona información muy valiosa sobre toda la sociedad novohispana.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Pierre RAGON: *Les amours Indiennes ou l'Imaginaire du conquistor*. Prefacio de Serege Gruzinski. París, Armand Colin, 1992, 274 pp. maps. ISBN 2-200-37-286-8.

Descubrir al otro equivale a poner a prueba a uno mismo, porque para pensar lo desconocido sólo podemos recurrir a los elementos